

Editoriales entre bastidores

Laura Freixas



El gran editor me llamó a su despacho. En esa primera frase de *Personaje secundario*. La oscura trastienda de la edición, ya se nota que, además de haber sido editor, Enrique Murillo es un escritor. Concretamente, narrador: sabe que un buen relato siempre debe tener intriga, aunque sea imperceptible, como la sal o la levadura en la cocina. ¿Y qué es la intriga? Una pregunta. Que puede ser muy sencilla (¿qué quería el gran editor?), pero suficiente para asegurarse de que, por curiosidad, vamos a seguir leyendo. Hecho esto, nos pone en antecedentes. Sobre la época: 1969, en pleno franquismo. Sobre él mismo: un periodista barcelonés de veinticinco años, intentando mantener a su familia (dos hijos y uno más en camino, en un matrimonio de capa caída). Sobre el editor en cuestión: Carlos Barral, uno de los más influyentes del momento. Tras lo cual vuelve a la intriga: ¿para qué le llamaba?

A Murillo le habían encargado que opinara sobre una novela en manuscrito. Entregó un informe "lapidariamente negativo", dice, lleno de "furia y desprecio". Si el gran editor quería verle, solo podía ser para despedirle... Pero se iba a llevar dos sorpresas. Una, que Barral estaba de acuerdo con él: el autor del libro "no es muy buen novelista", le dijo, "y esta es su peor novela". La segunda fue aun mayor: "Es tan mala como dices. Pero voy a publicarla". ¿Por qué?

Les he hecho medio spoiler; no lo voy a hacer completo. Solo voy a decir que de *Personaje secundario* se deduce que los editoriales no publican los libros porque les parezcan buenos. O sí, pero no es lo fundamental. Cuentan más otros motivos: la expectativa de vender, como es lógico (lo recalca Murillo: sin ventas suficientes, por mucha que sea la calidad literaria, la editorial se va a pique); la afinidad ideológica, y que autor y editor (lo digo en masculino porque el mundo que retrata Murillo es de hombres en un 90%) suelen ir juntos de copas. Barral alegó, con toda crudeza, uno de ellos. Si quieren saber cuál, lean el libro.

El retrato que pinta Enrique Murillo de lo que era la literatura española a fines del

O una tendencia experimental, pretenciosa e indigesta...

Leer lo que se estaba publicando en otros países: la narrativa en lengua inglesa, el boom latinoamericano... permitió a Murillo, como a muchas y muchos de nosotros, explorar otras formas de escritura. Yo recuerdo el deslumbramiento que supuso, justo antes o unos años después de la muerte de Franco, descubrir a Cortázar, Borges, Vargas Llosa, García Márquez, Cristina Peri Rossi o Felisberto Hernández: una literatura escrita en español, pero con un toque cosmopolita, juguetón, fantasioso, o una maestría narrativa, que no encontrábamos en un Delibes, un Goytisolo, un García Hortelano.

Murillo nos recuerda su propio papel en impulsar el cambio: como mano derecha de Jorge Herralde en Anagrama, apostó decididamente por esa corriente más moderna. Cuyo texto fundacional suele considerarse que es el de Eduardo Mendoza, *La verdad sobre el caso Savolta*, publicado (sin intervención de Murillo) en 1975. Una novela furiosamente (y deliciosamente) narrativa, con ingredientes periodísticos, históricos, detectivescos, y mucho sentido del humor.

A mí, de todos modos, me parece que estamos olvidando otra obra fundacional: la de Esther Tusquets *El mismo mar de todos los veranos* (1977), iniciadora de una corriente que ha tenido, también, muchísimo recorrido, la del relato autobiográfico intimista, introspectivo, practicado sobre todo por mujeres, centrado en las relaciones personales, y con mujeres como protagonistas (el género al que yo misma me adscribo).

En cualquier caso, Murillo, escritor notable, editor inteligente y cálido, de agradable trato, aporta con este libro, ameno, interesante, entretenido, una pieza fundamental al puzzle de nuestra historia cultural de las últimas décadas.●



JOAN MATEU PARRA / SHOOTING

Enrique Murillo pinta un retrato bastante desolador de la literatura española a fines del franquismo

franquismo es bastante desolador. Novelas provincianas, costumbristas (un tipo de literatura que la generación joven llamó, con desdén, "la berza"). O realismo social: "Toda esa novela bienintencionada pero mal encaminada que trató de servir para una sola cosa, acabar con la dictadura de Franco", en palabras de Murillo.

Veo a un antiguo vecino que se jubiló hace cinco años e invirtió sus ahorros en una casita de pueblo donde ahora cuida de su anciana madre. Tiene un jardín diminuto, un gran pino plantado hace años por los antiguos dueños y serios problemas con los pájaros que anidan en él. La corrosión de los excrementos ha provocado desperfectos en el tejado. El asma alérgica de su madre se ha recrudecido desde la invasión desproporcionada de aves. Como es un tío sensible tanto a la necesidad de protección medioambiental como a las multas, ni se plantea exterminar los nidos a cañonazos. Acude al Ayuntamiento, donde le dicen que ha de solicitar permiso para trasladarlo a otra ubicación segura.

Madre e hijo viven con dos pequeñas pensiones, diezmas este mes por el arreglo de las goteras, y no van a asumir el coste de la empresa que se dedica a la mudanza de nidos. Tampoco se plantean trepar al pino. Deciden aguantar y, cuando el nido esté abandonado, pedir permiso para talar el pino. Porque el pino también da problemas: se inclina pavorosa-

Pájaro, nido, pino...

Imma Monsó



mente hacia la calle y además sus raíces sobresalientes hacen del pequeño jardín una pista de obstáculos. Pero le deniegan el permiso de tala.

En buena lógica, mi amigo deduce que: 1. los derechos del arbolado prevalecen sobre el derecho a la vida del transeúnte y a caminar por el jardín con seguridad, y 2. los derechos de los pájaros prevalecen sobre los de los propietarios a preservar

el techo de su vivienda y a preservar su salud pulmonar (y mental).

Tras despedirnos, pienso en contarles este buen ejemplo de las contradicciones que tanto abundan en materia de regulación ecológica: usted, administración, no me permite gestionar mi jardín ni proteger mi tejado. En cambio, sí permite que se siga edificando en estos campos, pese al impacto ambiental que supone la edificación masiva en entornos rurales (porque donde esté la rentabilidad del hormigón, que se quiten los pinos y los pájaros). Luego, las migajas servirán para hacer cumplir las leyes de protección medioambiental y, como quedan pocas, es el particular más vulnerable quien paga el pato. Así las cosas, se multiplican las excentricidades provocadas por la aplicación demasiado rígida de los derechos del arbolado y de las aves.

Y en el ecosistema político, lo que logra el ridículo exceso de celo de algunos ayuntamientos es soliviantar al ciudadano indefenso y desviar un importante caudal de votos hacia los partidarios de tener barra libre para cualquier atrocidad medioambiental.●

¿Quién cambia las sábanas?

Margarita Puig



Dicen que los más dejados, por no decir guarros, de toda Europa son los franceses. Y les siguen los británicos. Al menos así lo indican estudios tan serios como reincidentes sobre las tasas de ducha diaria de cada nacionalidad. Sorprenden con certezas como que el 43% de los franceses admite que no se ducha a diario y que de estos solo un 25% lo hace en días alternos.

Los datos sugieren, pues, que una parte más que considerable de nuestros inmediatos vecinos europeos no priorizan la higiene. Y que, ¡ay, la grandeur!, a falta de duchas y baños en casa (muchos apartamentos no disponen de ellos, por lo que hay mucha más gente de la que podemos imaginar que depende de instalaciones comunales y, claro, del uso y abuso del perfume), solo se rinden ante las apariencias. Muchas veces estridencias.

Eso sí. Son más *chic* que nadie, incluso en las peores circunstancias. ¿Quién no se rindió al encanto del supuesto investigador que, con abrigo *bespoke* de cachemira y sombrero de

Un 30% de los solteros ingleses admite que lava la ropa de cama solo una vez al año

fietro, merodeaba por el escenario del crimen tras el robo de Louvre? Una maravilla. No vimos tipos así ni en *Ocean's twelve*. Más allá de las imágenes de la grúa, de esa increíble banda, la corona hecha trizas y la sensación de derrota nacional con que nos conmovía hace una semana, Francia nos regaló esa brillante, inesperada, lección de estilo.

Pero no están solos. Los británicos, sobre todo los ingleses, están por arrebatarles el podio. Serán todo lo súper *polite* que quieran, con sus constantes *please, after you* y *you're welcome*, sus sarcásticos *sorry* y esos exagerados *excuse me* con que torpedean toda intención de charla y pelean por ser los más elegantes, sí, pero los datos confirman que sienten idéntica aversión al agua que sus siempre rivales franceses. Solo un 68% se ducha pero no cada día, sino en días alternos y, ¡horror!, al menos un 30% de sus hombres (solteros) reconoce que, además de usar los mismos calzoncillos toda la semana o más, solo cambia las sábanas una vez al año.

Fue un inglés el primero en patentar la ducha moderna (William Feetham, en 1767) y un francés el que la instauró (Merry Delabost, en la prisión de Bonne-Nouvelle en 1872), pero los campeones de la ducha, con raciones de una, dos y hasta tres diarias, son los españoles. Pues eso, seguimos con la siesta y la fiesta que tanto nos echan en cara, pero limpias. Convenientemente pasadas por agua.●